

## LA OBRA ARQUEOLÓGICA DE ANTONIO SERRANO EN LAS REGIONES DEL NOROESTE Y LITORAL ARGENTINOS ENTRE 1920 Y 1970

Salomón Hocsman

### Resumen

Este trabajo analiza aspectos teóricos de la producción arqueológica de Antonio Serrano, comprendida entre los años 1920 y 1970. La misma se divide en etapas que marcan cambios en las aproximaciones teóricas que influyeron a este investigador en su práctica arqueológica. También, se discute el papel de distintos aspectos tomados por él en su obra, en el marco de la arqueología actual.

### Abstract

This article analyzes Antonio Serrano's theoretical archaeological production between 1920 and 1970. It has been divided in stages that mark changes in the theoretical approaches of Serrano who influenced his archaeological practice. It also stands out the role of different aspects of his work, in the context of current archaeology.

### Introducción

El presente trabajo tiene por objetivos analizar las pautas teóricas que Serrano<sup>1</sup> empleó en sus investigaciones en el Litoral y en el "área Diaguita" del N.O.A. (*sensu* Serrano, 1954) a lo largo de su carrera y los cambios que éstas sufrieron con el tiempo.

El período en estudio abarca el lapso comprendido entre 1920 y principios de 1970, debido a que representa la totalidad de la etapa productiva de este autor en lo que se refiere específicamente a su tarea como arqueólogo.

Se destaca que se tienen en cuenta aquellas obras o artículos considerados representativos a los fines de esta investigación, es decir, aquellas que refieren a aspectos teóricos que son claves para la comprensión de su obra a través del tiempo.

### Etapas de la producción arqueológica de Antonio Serrano

Desde un punto de vista metodológico es necesario, en primer lugar, recalcar que la división temporal de la obra de Serrano puede resultar un tanto "forzada", debido a que presenta un entramado de aspectos a tener en cuenta que no desaparecen abruptamente, sino que se modifican y reelaboran, o perduran a lo largo del tiempo. Empero, para simplificar el análisis se ha trabajado segmentando una realidad compleja en etapas con coherencia interna.

#### Sus comienzos: el Positivismo (1921-1930)

Serrano egresó como Profesor Normal en Ciencias de la Escuela Normal de Paraná en 1921 y realizó cursos de Historia y Geografía en la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná entre 1922 y 1924 (Grosso, 1979), ámbitos netamente positivistas de la Argentina de fines del siglo pasado y primer cuarto del presente.

Su producción se enmarca en lo expresado por Madrazo (1985) al definir el primer período de la Antropología Argentina, entre 1880 y 1930, como de "signo positivista". Es así como su obra inicial fue el producto de este cuerpo de doctrina, mezcla de elementos evolucionistas, positivistas comtianos y científicos (Martínez, 1996).

El enciclopedismo positivista (Carozzi *et al.*, 1980) en que se formó como estudiante, lo llevó a investigar tanto sobre geología (1924b), peces (1929b), ofidios (1923b, 1929a) y animales en general (1923a, 1924c), como sobre arqueología (1921, 1922 y 1924a). Sostenía una concepción unitaria de la ciencia (la ciencia positiva), que suponía que los procedimientos metodológicos son los mismos para todas sus ramas, exigiendo sujeción a las reglas del método científico tanto a las ciencias que se ocupan de fenómenos naturales y físicos, como a las que investigan la esfera social y humana (Guber, 1991). Es por esto que sus publicaciones denotan un monometodismo (Montoya, 1940), que implica una misma estructuración de todo el saber.

Además, por influencia del desarrollo positivista asimiló la idea de "ciencia" y la valoración de "lo científico" con las ciencias naturales, ya que las disciplinas que estudiaban los fenómenos humanos sufrieron un forzado amalgamamiento con los modelos naturalistas. "Esta asimilación metodológica con las ciencias naturales, redundó asimismo en un tratamiento inductivo y descriptivista de los datos culturales que provenía de trasladar mecánicamente una modalidad de trabajo propia de los científicos naturales: la observación y descripción de los objetos concretos, visibles y mensurables" (Boschín y Llamazares, 1984:111). Como consecuencia, Serrano percibía "lo real" como lo directamente aprehensible a través de los sentidos.

Efectuaba descripciones detalladas de materiales cerámicos, ya sea de piezas enteras o fragmentos, incluyendo grosor, largo y ancho en milímetros, tipo de cocción, antiplástico, decoración, tipo de borde, etc.; de material lítico, analizando tipo de materia prima y de fractura, longitud, ancho en la base del limbo y del pedúnculo, espesor máximo en milímetros, etc.; o de instrumentos en hueso, considerando longitud en milímetros, tipo de filo, etc. Las mismas iban acompañadas de interpretaciones de los hallazgos mencionados, como es el caso de inferencias tecnológicas referidas a la elaboración de vasijas, decoración, aptitudes de los distintos tipos de antiplástico, etc., fabricación de instrumentos de hueso y de piedra, reconstrucción de piezas cerámicas y ubicación estratégica de los sitios arqueológicos, relación de la fauna local contemporánea con los restos faunísticos en contextos arqueológicos, los posibles usos de la flora por parte de los grupos indígenas, procesos de formación de sitio, etc..

Se interesaba por la arqueología, geología, botánica y zoología, tal vez por influencia de J. Frenguelli, uno de sus mentores (por ejemplo: Serrano, 1921, 1922, 1924a, 1932a, 1932b). La relación con este último y con Félix F. Outes, ambos evolucionistas (Fernández, 1979-80), a lo que se sumaba lo inculcado durante sus estudios, acentuaron en él una visión positivista, naturalista y evolucionista hacia el pasado, que denota, por ejemplo, en un trabajo de 1924: "(...) es curioso observar que las representaciones zoomorfas con este tipo de decoración son superiores, en general, a las que presentan decoración "punteada". Y ya que la cultura de los pueblos sedentarios es superior a la de los nómadas, ¿no explicaría la superioridad de estas representaciones zoomorfas un sedentarismo (...)" (Serrano, 1924a:4). Se observa aquí la concepción de los evolucionistas unilineales hacia el pasado: la noción de progreso basada en la cultura material. Su posición también se hace evidente en el hecho de haber empleado el esquema cultural de Outes (1918) para el Río Paraná (Serrano, 1931, 1933).

### El Historicismo y Difusionismo de Serrano (1930-1960)

El Historicismo (*sensu* Fernández, 1979-80) junto al Difusionismo que adoptó a principios de la década del '30, presentan singular relevancia, ya que son los que marcaron, sin duda alguna, la mayor parte de su obra.

La bibliografía de esta época evidencia el empleo de la perspectiva de la Etnohistoria y la Etnografía para interpretar los restos culturales del pasado, ya que la preocupación de los arqueólogos pasó a los problemas históricos y étnicos, por lo que prestaron cada vez más atención a la distribución geográfica de los diferentes tipos y conjuntos de artefactos (Serrano, 1931; Trigger, 1992), en un esfuerzo por relacionarlos con grupos históricos (por ejemplo: Serrano, 1930, 1933, 1946 y 1950), forzando la cronología hacia los períodos precolombinos más recientes (Politis, 1995).

Asumió esta postura, como ya se mencionó, recién hacia principios de la década del '30, según lo acredita el hecho de que sus primeros trabajos no presentan este tipo de inquietudes.

Fernández (1979-80) manifiesta para sus Etapas III "La Arqueología en la Universidad" (1901-25) y IV "De Consolidación Universitaria o Transicional" (1925-49) de la historia de la arqueología argentina un predominio de la Escuela de fundamento Etnohistórico o Historicista; produciéndose asimismo, en la Etapa IV, el divorcio con las ciencias naturales. En el caso que nos compete, se deben realizar una serie de salvedades ya que por las características globalizadoras de la obra de Fernández no se tienen en cuenta los casos particulares, generándose desfasajes.

Así, por ejemplo, adoptó el Historicismo recién en la década del '30 y no a principios de su carrera, a pesar de que esta corriente gozaba de popularidad desde principios de este siglo. Por otro lado, la pérdida de relación de su producción arqueológica con las ciencias naturales, que Fernández ubica entre 1925 y 1949, sostengo que se produce en Serrano específicamente a principios de la década del '30.

Esta corriente se caracterizó por el uso de la crónica histórica para interpretar los materiales y las culturas arqueológicas, ya que se sostenía que "(...) los datos etnográficos sobre las tribus que habían vivido en la región en los tiempos históricos podían ser usados de una manera bastante directa para explicar los datos arqueológicos sobre la prehistoria" (Trigger 1992:122), y por la creencia en la falta de profundidad histórica de los pueblos que habitaron cada región. Todas las culturas eran sincrónicas y los materiales arqueológicos encontrados se asignaban a los pueblos hallados por la conquista española en cada zona (González 1985). En suma, los datos arqueológicos se interpretaban según el Enfoque Histórico Directo.

Sin lugar a dudas, "(...) no puede evitar caer en la tentación de adscribir los materiales arqueológicos a las etnias, que supuestamente habitaban estas regiones al momento del contacto europeo" (Rodríguez, 1987:9); es así que definió como cultura a las alfarerías gruesas, ya que consideraba su distribución coincidente con el área ocupada por los Chaná Timbúes históricos (Serrano, 1930).

No obstante, a pesar de estas aseveraciones, se debe hacer la salvedad de que el autor en cuestión reconoce una cierta profundidad temporal (Márquez Miranda, 1968) -evidenciada en sus trabajos de, por ejemplo, 1946, 1950 o 1953-, lo que lo acercaba más a la perspectiva diacrónica de Uhle que a la de Boman (sincrónica). Para Krapovickas (1961), en cambio, Serrano se mantuvo en una posición intermedia entre ambas propuestas cronológicas.

Por otra parte, su interés por la estratigrafía (Serrano, 1931, 1932a, 1932c y 1933) no perdió significación a medida que avanzaban las décadas, acreditándose esta posición ante la importancia que le dió a la estratigrafía para resolver el problema de la definición temporal de las culturas durante

esta etapa (Serrano, 1931, 1933, 1946, 1950, 1953) y la siguiente. Este hecho tal vez se deba a la influencia que significó J. Frenguelli en sus comienzos y que perduró hasta el final de su obra. Aunque también es posible pensarlo en función del avance significativo de los métodos arqueológicos en cuanto a estratigrafía y seriación dentro del enfoque de la historia de la cultura (Trigger, 1992).

Esta situación de transición está señalada en un trabajo de 1932 donde incluye como principales métodos de investigación arqueológica tanto al estratigráfico, como al etnográfico, tipológico, geográfico y de confrontación histórica (Serrano, 1932c).

Al mismo tiempo que adoptó la postura historicista se vio influenciado por la corriente diffusionista que había surgido como reacción a las ideas evolucionistas imperantes en el siglo XIX. Para Trigger, este cambio hacia el diffusionismo de la disciplina arqueológica, se debió a "La desilusión sobrevenida con el progreso, junto con la idea de que el comportamiento humano estaba biológicamente determinado produjo un creciente escepticismo sobre la creatividad humana (...) La gente no poseía una inventiva innata y (...) el cambio era contrario a la naturaleza humana (...) Se argumentaba que los seres humanos poseían una condición mas bien estática y por naturaleza estaban predispuestos a oponer resistencia a cualquier alteración en su estilo de vida. Esto llevó al des prestigio del concepto de desarrollo independiente, ya que se creía que era improbable que determinadas invenciones se produjesen más de una vez a lo largo de la historia humana, con el consiguiente éxito de las teorías diffusionistas o migratorias para explicar el cambio cultural" (Trigger, 1992:146).

En nuestro país a esto se sumó el descrédito de la escuela ameghiniana que llevó a un vacío teórico, ocupando el diffusionismo el espacio vacante que se había producido ante dicha crisis (Boschin y Llamazares, 1984).

Serrano incorporó el diffusionismo en sus trabajos a principios de la década de 1930. Mientras que Carozzi *et al.* (1980) lo definen dentro de la convergencia del enciclopedismo positivista con las corrientes diffusionistas germánicas y González (1991-92) señala el entusiasmo de Serrano por el diffusionismo alemán, Rodríguez (1987:13) asevera que en Serrano "(...) se visualiza un marco interpretativo diffusionista, como era de estilo en la arqueología de ese tiempo (...) a través de la influencia de la corriente diffusionista de las áreas culturales, vía fundamentalmente de los trabajos de Cooper" (ver también, Rodríguez, 1998).

De hecho, Serrano desarrolló su diffusionismo a partir de los trabajos de Lothrop (1932) y Cooper (1924, 1944), pese al escaso impacto que tuvo la Historia Cultural Norteamericana en la estructura teórica de la arqueología argentina (Politis, 1995). La posibilidad de considerar a Cooper afín al diffusionismo alemán (influyendo así sobre Serrano) parece ser lejana. Si bien en sus trabajos utilizaba abundante bibliografía perteneciente a la Escuela de Viena, mantenía una actitud teórica marcadamente crítica hacia la misma, sólo empleando información empírica contenida en ella (sirve de ejemplo, Cooper, 1944).

Serrano se mantuvo al margen de la Escuela Histórico Cultural alemana, que contaba con importantes adeptos locales, como Imbelloni, Menghin o Palavedino (este último de una manera *sui generis*), a pesar de su imposición en el ámbito arqueológico del momento.

La utilización de conceptos como área cultural, centro de dispersión o cultura marginal, desarrollados por investigadores de América del Norte, y la falta de mención de autores europeos o siquiera el desarrollo implícito de sus contribuciones, confirmarían el alineamiento de este arqueólogo entreriano con el diffusionismo norteamericano.

Precisando más, la noción de área cultural empleada por Cooper (*op cit.*) que se observa también

en la obra de Serrano, se enmarca en la concepción norteamericana del término: entendida como “(...) unidades geográficas (...) basadas en la distribución contigua de elementos culturales” (Harris, 1968: 323). A diferencia de una parte importante de los autores del momento, ambos estudiosos tratan de introducir la dimensión temporal al estudiar el área cultural, siguiendo la línea iniciada por Kroeber (Herskovits, 1948) y yendo más allá de una mera actitud descriptivista. Así también, empleaba los conceptos de centro cultural o de irradiación y cultura marginal o periférica, concebidos originalmente por Wissler (Harris, 1968), diferenciándose de otros difusiónistas norteamericanos que criticaban su utilización (como, por ejemplo, Herskovits, 1948).

Según la corriente difusiónista, cada cultura era el producto de una secuencia única de desarrollo en el cual la difusión desempeñaba un papel principal en el desencadenamiento del cambio cultural. Asimismo, la única manera de explicar el pasado era determinando los sucesivos episodios de la difusión que habían dado forma al desarrollo de cada cultura, por lo que casi todos los cambios culturales se atribuían a la difusión de ideas de un grupo a otro o a migraciones que habían propiciado la sustitución de un pueblo y su cultura por otro.

Un punto a señalar es que los difusiónistas, no obstante, emplearon esquemas sucesivos y evolutivos (Boschin y Llamazares, 1984; Alcina Franch, 1989). Cabe preguntarse si el empleo que hizo Serrano de éstos se debió a sus antecedentes evolucionistas o a una irremediable realidad: que las escuelas proclamadas como “antievolucionistas”, dependían de teorías y métodos evolucionistas (Harris, 1968). De cualquier manera, consideraba plausibles ambos mecanismos de cambio cultural, como se observa en un trabajo de 1954: “(...) los rasgos culturales (...) corresponden a una cultura generalizada sobre la cual se estructuraron modalidades regionales por evolución local del patrimonio originario o por aculturación de elementos venidos de afuera” (Serrano, 1954:7).

De acuerdo con esta postura, Serrano (1931) sistematizó los conjuntos de restos arqueológicos de la cuenca del Río Paraná y estableció culturas con límites geográficos y cronológicos, definiendo cinco culturas: Guaraní, de Representaciones Plásticas de Tipo Malabriga, Goya y Paradero El Ombú, de Alfarerías Gruesas, la Ibicueña y la correspondiente a la 3<sup>a</sup> de Outes (así la define). Es notable la heterogeneidad de esta clasificación, pues usa una amplitud de criterios, como el tecnológico, el ergológico o el geográfico.

En este trabajo sostenía que el concepto de cultura era muy amplio para su utilización en arqueología, ya que la misma resultaba en un importante sesgo. Prefería el término “modalidades culturales”, las cuales estaban conformadas solamente por restos materiales. Por otro lado, que el concepto de áreas culturales no cuadraba con algunas de estas manifestaciones, ya que no se habían fijado las áreas de dispersión geográfica de los materiales característicos de cada cultura. No obstante a estas críticas, continuó llamándolas “culturas”.

En 1933, reclasificó las culturas del Río Paraná y definió las del Río Uruguay, interpretando a algunas de ellas como producto de la difusión y a otras vinculándolas con grupos etnohistóricos. Sostuvo también en esta publicación que el estudio comparativo de los elementos que caracterizaban a estas culturas permitía determinar un *substratum* cultural en el conjunto, por lo que elaboró tres “grupos de cultura”, que se dividían, a su vez, en diferentes entidades.

Estos grupos fueron definidos en base a elementos generales (por ejemplo, el uso del surco rítmico como rasgo común a todas las culturas no guaraníes del Litoral). Al mismo tiempo, había caracteres exclusivos de cada cultura, que servían para definirlas (se presenta el caso de la Cultura Ibicueña, caracterizada por cerámica con decoración punteada formando áreas y no líneas de puntos).

Su visión difusiónista queda claramente visualizada al decir que “(...) el Brasil es el centro de irradiación de grandes olas culturales, dos de las cuales de origen sambaquiano, bajaron a nuestro territorio: una a través del río Uruguay hasta el sur de la provincia de Buenos Aires, con ramificaciones laterales orientales, y occidentales (...); la otra en dirección a los Andes argentino-chilenos, quizás más antigua, pues sus elementos se transformaron en relación a la idiosincrasia de los pueblos nativos” (Serrano, 1953:5).

Continuando con esta tendencia, en 1938, Serrano (Márquez Miranda, 1968) esbozó una cronología para el área Diaguita, basándose en ideas procedentes de Uhle y reelaboradas por él. En suma, propuso cuatro etapas: I) salvajismo; II) desarrollo de las culturas locales; III) compenetración de éstas y unificación del idioma; y IV) advenimiento de la ola panperuana con la llegada de la cultura incaica. Este cuadro se complementaba con el establecimiento de relaciones entre dichas culturas locales y las del Área Andina Nuclear, como por ejemplo influencias tiahuanacotas.

Posteriormente, en 1943, recalcó que los diaguitas eran un complejo cultural todavía no bien discriminado y reconoció tres áreas culturales: la del Valle de Santa María o Calchaquí, la de Catamarca o Barreales y la del suroeste de La Rioja o Angualasto.

En 1946, su pensamiento sobre la región Litoral sufrió importantes modificaciones, ya que adoptó la posición -que en el trabajo de 1933 había rechazado por ser demasiado generalizadora- de Lothrop (1932) acerca de una gran extensión cultural que se extendería desde Tierra del Fuego hasta el Paraguay, para la cual Cooper (1944) propuso el nombre de Campestriana. Este último sosténía para el territorio sudamericano tres grupos de cultura: el Sierral, el Selval y el Marginal, que geográficamente correspondían a las regiones andina, boscosas del Amazonas y Orinoco, y oriental o sea de campos y mesetas. A cada una las caracterizó con el nombre de culturas y a sus territorios con el de área (*op cit.*) (Figura 1).

Coincidía con Cooper en la forma de abordar el problema cultural sudamericano: “Para evitar que el cuadro sea demasiado complicado, hemos cerrado a propósito los ojos a las innumerables diferencias de culturas en lo que a tribus y áreas se refiere y hemos tratado de ver al continente como un todo cultural, aún a riesgo de aparecer como simplificando en demasiadas infinitas y bien reconocidas complejidades de la cultura aborigen americana” (Cooper, 1944:439).

La Región Litoral estaría incluida dentro del área de la cultura Marginal, que se extendía en casi toda América meridional al oriente de la región andina (donde se desarrollaba la cultura Sierral). Ocupaba también parte de la región amazónica -dominio de la cultura Selval- (Serrano, 1950).

Cooper (1944), asimismo, dividía a la cultura Marginal en cuatro grupos: Meridional Costal, Campestral o Campestriana, Savanal e Intraselval. Para Serrano este esquema era correcto, “(...) debido a las numerosas y profundas divergencias de cultura de orden regional y tribal, aunque por debajo de todas estas diferencias existe un fondo uniforme subyacente” (Serrano, 1946:6).

Serrano (1946, 1950) ajustó estas ideas, no admitiendo el criterio de una extensión cultural sino varias, que llamaba formas culturales básicas. Tomó este concepto de Lothrop (1932) y Cooper (1925, 1944).

Como se ha visto, su enfoque difusiónista no era extremo, ya que explicaba el cambio cultural de las formas culturales básicas no sólo por interpenetraciones y aportes extraños sino también por propias transformaciones, incorporando la evolución como mecanismo de cambio, originando las formas culturales que sorprendió la conquista como patrimonio de los núcleos indígenas del siglo XVI.

Para este autor, el etnólogo contaba para definir una cultura con el conocimiento de todo el patri-

monio. En cambio, el arqueólogo sólo contaba “(...) con el conocimiento fragmentario del patrimonio material y por deducción o conjeturas de una parte del patrimonio espiritual” (Serrano, 1950:9). Es por esto que para dicho autor el arqueólogo hacía uso indebido de este vocablo, empleándolo para simples aspectos parciales de una verdadera cultura, a los que prefirió llamar “modalidades culturales”.

Estas “unidades” de cultura generalmente correspondían a “unidades” étnicas que supieron distinguir conquistadores y misioneros, ocupando un área determinada y poseyendo, respecto a sus vecinas, algunos elementos diferenciales que les eran propios. Bajo este punto de vista, las “culturas” que había definido como tales serían en realidad “modalidades culturales”; siendo “culturas” propiamente dichas los “grupos” caracterizados en su trabajo de 1933. Dichas modalidades, facies de verdaderas culturas, configuraban entidades de dos tipos: las formas culturales básicas, como la Básica del Litoral, y las modalidades culturales históricas, como la de los Ribereños o la Guarani (Serrano, 1946, 1950) (Figura 2).

Se conformaban así áreas de modalidades culturales que se originaban sobre los antiguos fundamentos básicos, teniendo como mecanismo causal “(...) una fuerte corriente venida del sur .../ que /... penetra en el Uruguay y plasma la *cultura de las vinculaciones patagónicas* (correspondientes a los charrúas). Otra fuerte corriente venida del norte se infiltra a través del Paraná y plasma la *modalidad de las representaciones plásticas* (correspondientes a los timbúes, corondas y mocoretas, etc.)” (Serrano, 1946:10-11). Es indudable la influencia difusiónista y etnohistórica.

En 1953, elaboró un cuadro cronológico para el área Diaguita, en el cual utilizó, como en el Litoral, el concepto de “cultura básica”. Manifestó que las culturas Santamariana, Barreal o Draconiana, Angualasto (o Sanagasta), Belén, Condorhuasi, presentaban una localización geográfica y una profundidad temporal no equivalentes y que “(...) de algunas hay la certeza que han alcanzado el momento de la conquista española y en este caso no hay dificultad de atribuirlas a los núcleos históricamente conocidos” (Serrano, 1953:5) (Figura 3). Por otra parte, sostenía la existencia de un *substratum cerámico* muy antiguo que se habría extendido por todo el noroeste argentino, hasta la región de los araucanos, Cuyo y Córdoba y que correspondería a una cultura básica.

Hacia mediados de los ‘50 incorporó el concepto de rasgo cultural, cuya extensión geográfica determinaba los límites del área cultural, los cuales generalmente correspondían a una cultura generalizada sobre la cual se estructuraron modalidades regionales por evolución local del patrimonio originario o por aculturación de elementos venidos de afuera (Serrano, 1954). Los límites geográficos de estas modalidades determinaban sectores (Figura 4).

En esta concepción, el territorio argentino presentaba un conjunto de formas culturales sobre las cuales se desarrollaron formas regionales o locales correspondientes a núcleos étnicos, históricos o de pre-contacto.

De esta forma, las áreas Litoral y Diaguita circunscriptas al período histórico y protohistórico, estaban formadas por los sectores: Uruguayo déltico, Paraná medio (sección septentrional, media y meridional), Periférico bonaerense, Periférico del sudoeste, y de Cultura Santamariana, Belén, Barreal, Angualasto, Condorhuasi y Horizonte Incaico, respectivamente.

Sus ideas acerca de la cultura cambiaron hacia mediados de la década del ‘40, destacando su sentido etnológico al decir que “(...) es una trabazón de ideas, de técnicas, de costumbres (...) Esta trabazón crea el estilo artístico que (...) es la fisonomía, la forma por la cual se expresa una cultura, su expresión filosófica peculiar” (Serrano, 1961a:76).

Establecía que así como cada cultura tiene su ámbito geográfico y su ubicación cronológica, el

arte también lo tiene. Afirmaba: “(...) hay un mundo indígena de ideas y concepciones sociales y religiosas, que condiciona la esencia de ese arte, de la misma manera que la tecnología y la materia condicionan sus formas y sus expresiones concretas. A ese mundo hay que entrar” (*op cit.*).

Dicha postura revela una transmutación completa respecto de sus intereses arqueológicos, esencialmente materialistas, de hasta mediados de la década del '40.

Debido a esta nueva orientación, comenzó a prestarle toda su atención a los indicadores cerámicos, ya que en ellos se puede “(...) apreciar una parte importante del arte de un pueblo (...)” (Serrano, 1958: 13). Además, la misma constituía para el arqueólogo el índice discriminatorio por excelencia en su tarea de fijar áreas, secuencias e interferencias culturales, ya que las características tan particulares y definidas de la cerámica, por sí solas indicaban la presencia de una cultura dada o de una etapa de su desenvolvimiento. Es por esto que puso tanto énfasis en la decoración, determinando estilos, que jugaban un papel importante en sus cuadros culturales. Además de su utilización para estudiar la “historia de la cultura”, la cerámica brindaba información tecnológica, artística y mitográfica. Llevado por estas ideas, desarrolló el criterio de los polígonos de dispersión (Serrano, 1943), que permitía discriminar la distribución geográfica de los tipos cerámicos, estableciéndose áreas y compenetraciones culturales.

Puede observarse, así, que pasó de analizar en sus trabajos ya sea el lítico (Serrano, 1924a, 1932a) o el patrimonio completo de restos arqueológicos -lítico, óseo, cerámico, etc.- en referencia a un sitio puntual o a un conjunto de sitios (Serrano, 1921, 1931, 1932b, 1933, 1946, 1950), a darle fundamental importancia al estudio de la cerámica como indicador estilístico y delimitador de áreas culturales (Serrano, 1943, 1953, 1954, 1958, 1961a, 1961b).

Hacia fines de esta etapa incorporó una serie de categorías taxonómicas definidas originalmente por autores pertenecientes a la Escuela Americana (es el caso de, por ejemplo, Willey y Phillips, 1958), como Estilo Horizonte, Tradición Cerámica o Complejo Cerámico. No hay evidencias frecuentes de los autores de los cuales tomó los conceptos, debiéndose dicha situación tal vez al uso corriente que tenían los términos mencionados para esta época. El único caso encontrado es el de un trabajo de 1952 donde menciona a Willey al citar textualmente la definición de tradición cerámica de este autor; lamentablemente no incluye en la publicación la cita bibliográfica respectiva.

Interesante es el hecho que Serrano (1952), al mismo tiempo, desarrolló algunos conceptos por su propia cuenta, como el de “Cerámica” (un orden de mayor jerarquía que los “Tipos”, formado por los tipos afines de indiscutible filiación; por ejemplo, cerámica barreal, angualasto, etc.), y reformuló otros, como el de “Complejo Cerámico” (con grupos de alfarerías donde se puede vislumbrar, sin poder concretar, más de una cerámica; por ejemplo, complejo Santamariano) o el de “Tipo Cerámico” (conjunto de tiestos que son iguales en cada una de las variables estipuladas). El estudio de este último iba acompañado de la determinación de su distribución y sus relaciones.

Estas categorías clasificadoras fueron aplicadas exclusivamente al material cerámico. Dicha observación se presenta claramente en un trabajo de 1954, donde definió los sectores del Área Litoral basándose en tipos cerámicos. Agrupaba los objetos cerámicos por tipos que luego comparaba, formulando series, con el fin de obtener cronología. Partía de la afirmación que las distintas formas se podían tomar como ciclos de estilos y técnicas, pudiéndose afrontar una historia de la cultura.

Este método, que él llamó “tipológico” y que es también conocido como “método histórico”, tenía por objetivo conocer el proceso histórico. Se basaba en la seriación estilística, que a partir de atributos decorativos determinaba variaciones en los motivos (con significado cronológico) al tener en cuenta

los cambios a lo largo de la serie.

Un ejemplo de esto es el esquema de la evolución de las imágenes felinas basado en deducciones tipológicas (Serrano, 1943), donde la serie iba desde lo figurativo (naturalista o realista) a lo no figurativo (abstracto, esquemático o geométrico). Es decir, de acuerdo a los motivos, interpretaba lo que se conoce hoy día por Aguada como anterior a Ciénaga, ya que suponía en el hombre una tendencia a la esquematización que conducía a representaciones puramente geométricas.

Por otra parte, si bien la cerámica era su guía fundamental para la identificación de las distintas culturas, ya desde principios de la década del '40 tenía en cuenta la definición de los contextos culturales, piedra basal de la arqueología del N.O.A. en los '50 y '60. Es así como determinó las culturas del Área Diaguita no solo en base a tipos o estilos cerámicos, sino también teniendo en cuenta tipos de inhumación, patrón de asentamiento, etc. (por ejemplo, Serrano, 1947).

Fernández (1979-80), en referencia a la contextualización cultural, sostiene que la misma se ubica en la Etapa V "Prolegómenos de la Arqueología Científica" (1950-1960). Es significativo, entonces, el antecedente que brindaría Serrano si se siguiera a este autor. Para Fernández (*op cit.*) esta etapa se caracterizó por la realización de excavaciones metódicas, la utilización de nuevas técnicas como la datación radiocarbónica, la búsqueda de secuencias culturales para amplias zonas territoriales -tanto en una amplitud espacial como temporal-, la utilización de seriaciones, etc.

En el caso particular de Serrano, siempre pregón por la necesidad de contar con excavaciones cuidadosas y trabajó con seriaciones por lo menos una década antes del comienzo de esta etapa. Sin embargo, sus síntesis culturales recién se observan a partir de la década del '60, en lo que sería la Etapa VI de Fernández (*op cit.*).

#### La búsqueda de secuencias culturales: la Síntesis final (1960-1970)

Pese a su interés, anteriormente mencionado, por la contextualización de los restos arqueológicos, son los trabajos de una serie de autores de fines de la década del '40 y de la siguiente, los que ejemplifican el interés de la arqueología de esos años.

En 1948, Bennett, Bleiler y Sommer ordenaron cronológicamente los materiales arqueológicos del N.O.A., dividiendo la secuencia en períodos y caracterizando el contexto cultural correspondiente (Tartusi y Núñez Regueiro, 1993). Posteriormente, González (por ejemplo en su trabajo de 1956) siguió esta tendencia. Esta corriente llevó a Serrano a elaborar síntesis regionales, tanto del N.O.A. como del Litoral. Es decir que, a partir de este momento, trabajó en la búsqueda de esquemas generales, donde las unidades de análisis eran las culturas, divididas por regiones y períodos, y definidas a partir de los contextos culturales correspondientes a cada una (Serrano, 1963, 1967, 1972). Se destaca en esta etapa, entonces, el hecho de que empieza a trabajar con cuadros culturales segmentados en períodos.

A pesar de estas innovaciones, sus formulaciones teóricas, que tienen comienzo en la etapa anterior, continúan en ésta, aunque con modificaciones parciales. Esto se denota al decir que "El predominio y dispersión de determinadas formas culturales y aún de vestigios arqueológicos aislados pero persistentes en una región son índices para fijar áreas arqueológicas. En un área arqueológica puede haber más de una cultura, superpuestas en el tiempo o cronológicamente equivalentes. Las culturas desarrolladas en un área avanzan sobre los límites de otras áreas formando "ingresiones" culturales o fusionándose con las preexistentes" (Serrano, 1963:11).

Aún más, trata específicamente con la "historia cultural" (en sus propias palabras) de Salta y el

N.O.A. en sus trabajos de 1963 y 1967, respectivamente.

La importancia de la difusión no ha disminuido dentro de su esquema teórico: "Dentro del período tardío estas facies serían unas más tempranas que las otras y corresponderían a aportes sucesivos de pueblos arawak que habrían llegado en oleadas sucesivas. Por ejemplo uno de estos aportes que correspondería a una oleada arawak serían las fuentes bajas con apéndices cóncavos y siluetas; otro seguramente el más tardío, pero también arawak sería el de las representaciones sólidas y las alfarerías gruesas" (Serrano, 1972:39).

En este momento, utiliza profusamente los términos de Horizonte, Tradición y Complejo, aunque ya no circunscriptos a los materiales cerámicos. Así también la noción de facies adquiere mayor relevancia en sus esquemas culturales (Serrano, 1972).

Las últimas publicaciones de este autor denotarían un desfasaje respecto a la Etapa VI "La Arqueología Científica o Profesional" (1960-?) definida por Fernández (1979-80), si se empleara su clasificación. Cuando Serrano (1967) presentó su cronología y caracterización cultural del N.O.A. (Figura 5), que se amoldaba a los avances evidenciados en la literatura arqueológica de esa última década, había concluido el período de realización de secuencias culturales y había irrumpido la Nueva Arqueología (por ejemplo, Tarragó y Núñez Regueiro, 1972). Para el Litoral, en cambio, constituyía el primer intento de periodización cultural a nivel macrorregional, en el que, además, se incorporaba el Precerámico (Serrano, 1972) (Figura 6).

Es notable, por último, la utilización en esta etapa de la diacronización, como consecuencia de los adelantos en cuestiones relativas a la profundidad temporal.

### **La vigencia de la producción arqueológica de Serrano en la actualidad**

Como este trabajo se refiere a los parámetros teóricos adoptados por Serrano, no se tratan aquí problemas concernientes a si sus esquemas culturales estaban fundamentados empíricamente o no, o cómo aplicaba la metodología que proponía (por información sobre el tema ver Ceruti, 1986; Rodríguez, 1987, 1998).

Ahora, si bien es correcto que un autor dado debe ser analizado en función del contexto de su época, también es cierto que la ciencia avanza, generando nuevas expectativas sobre el registro arqueológico. Estoy de acuerdo con Ceruti (1986) cuando señala, para el Litoral, que si bien el esquema cronológico de Serrano significó un notable avance para la Arqueología del Nordeste, su obra no debe ser tomada como un dogma.

Es conocida por todos la importancia de Serrano para el conocimiento arqueológico del Litoral, por mucho tiempo prácticamente el único investigador que se dedicó a esta problemática. Hoy en día se evidencian dos posturas diferentes; una, que intenta seguir nuevos caminos (Ceruti, 1985, 1986, 1993; Rodríguez, 1992, 1993, 1998), y otra, delineada con la obra de este arqueólogo entrerriano (por ejemplo, Caggiano 1983, 1984, 1990; Caggiano y Sempe, 1994).

Para el N.O.A., en cambio, el papel de Serrano, aunque también destacado, se vio disminuido por el trabajo de otros investigadores contemporáneos, como González y Cigliano y sus discípulos y colaboradores.

Pasando ya a considerar uno de los aspectos más importantes de su marco teórico, a saber, su diffusionismo, se observa que "(...) la difusión invocada es indefinida, entre otras cosas no se especifican los mecanismos actuantes; si la difusión ocurre por migración de grupos, por trueque o comercio, etc. (sólo se habla de "corrientes" o "infiltraciones" que vienen del sur o del norte)" (Rodríguez, 1987:14).

Por otro lado, es interesante hacer notar que Serrano emplea el concepto como parte del proceso de aculturación (Serrano, 1954). Esta idea es compartida actualmente por ciertos investigadores, como Alcina Franch (1989).

Como se ha visto, tenía en cuenta tanto a la difusión como a la evolución al considerar los mecanismos de cambio cultural, por lo que su accionar estaría exento, entonces, de la atribución rutinaria y generalizada de factores externos, subsumidos en los conceptos generales de difusión y migración, como impulsores del cambio (Trigger, 1992). En la actualidad, estos procesos son utilizados en combinación a la hora de interpretar los fenómenos culturales (por ejemplo Meggers, 1985), reflejando en cierta forma la postura de Serrano.

En cuanto a las categorías empleadas por Serrano para definir las unidades culturales que veía, destaca el de "cultura". Para Rodríguez ya "(...) desde sus primeros trabajos se advierte una cierta insatisfacción por el uso del término cultura como unidad de sistematización, pero paradójicamente, lo emplea en casi todos sus trabajos" (Rodríguez, 1987:24). Estas dudas acerca del uso del término cultura hoy día se hacen extensivas a todos los conceptos de este tipo (Shennan, 1989, Borrero, 1993).

La visión de Serrano con respecto a la definición del término cultura se modificó de la mano de su paso del materialismo al idealismo en la década del '30. Así como en un primer momento definía sus "manifestaciones culturales" en base a evidencias materiales, se interesó posteriormente en las ideas culturales que, para su concepción, eran el verdadero contenido de la cultura. A partir de aquí se cuadraría dentro de una posición "normativa" hacia el pasado. Para ésta, el arqueólogo, que partía de los productos culturales que constituyen el registro arqueológico, debía reconstruir los comportamientos de los que se derivan tales productos y, en definitiva, tratar de definir la idea cultural de la que dependen (Alcina Franch, 1989). Dicha postura, que perduró hasta el final de su carrera, ha sido severamente cuestionada (en el medio local, por ejemplo, Yacobaccio, 1989).

Por otro lado, trabajó especialmente en la línea de la profundidad temporal, desarrollando esquemas cronológicos que pese a presentar errores respecto a lo estimado actualmente, fueron un intento válido de diacronización. No obstante, comparando con la perspectiva temporal, cuenta mucho más lo espacial en su obra (Ceruti, 1986; Rodríguez, 1987). Hoy en día, ambos aspectos se tratan de calibrar lo mejor posible, descollando los estudios regionales.

Con respecto al medio ambiente, visto en su dimensión temporal, es considerado como estable, por lo que no le adjudica importancia en el cambio cultural (*op cit.*). En la actualidad el ambiente es tomado como una variable dinámica importante en prácticamente cualquier estudio arqueológico (por ejemplo, Ceruti, 1986, Lanata y Borrero, 1994).

Parte de la tipología cerámica que generó a lo largo de su carrera continúa empleándose. En el Litoral, su clasificación de representaciones plásticas tiene plena vigencia (Ceruti, 1985, 1993). En el Noroeste, por su parte, varios de los tipos cerámicos por él determinados siguen utilizándose, como el de Cortaderas, o han sufrido algún tipo de modificación, como el tipo Condorhuasi, que después fue definido como "cultura" por González (1956).

Les prestó especial atención a las culturas Barreal o Draconiana, Santamariana y Angualasto, definiendo series de motivos con características cronológicas propias, siendo esto con posterioridad ampliamente usado. Por último, realizó aportes significativos al tratar la tipología cerámica de la cultura San Francisco (Tartusi y Nuñez Regueiro, 1993).

### Conclusiones

Tal como sugiere Rodríguez (1987, 1998), no se vislumbra que Serrano haya adhuido de manera explícita a un corpus teórico determinado, situación muy frecuente en esa época.

Su obra se caracterizó por la búsqueda (y un trabajo) permanente de la diacronía, alineándose con la perspectiva de Uhle. Sin embargo, no pudo resistir la influencia del sincronismo contemporáneo a buena parte de su producción, por lo que sus trabajos evidencian una complementación y conjunción de estos dos aspectos; situación no muy frecuente entre los investigadores de la época.

El evolucionismo que incorporó en sus inicios se puede observar a lo largo de toda su obra, empleándolo para explicar el cambio cultural simultáneamente con otros mecanismos, como la difusión. Esta perspectiva, considero le otorga un gran valor a sus interpretaciones, al no incurrir en dogmatismos. Ahora, si bien adoptó los conceptos del diffusionismo norteamericano, no los aplicó directamente, sino que los adaptó o reformuló a las necesidades de la problemática arqueológica con la que se enfrentaba.

En su intento por correlacionar los datos arqueológicos con los conjuntos históricos conocidos, tuvo un acercamiento a la Etnohistoria, pero abusó de la misma impidiéndole esta situación considerar durante buena parte de su carrera la posibilidad de una profundidad temporal aún mayor de la que estipulada.

De sus inicios marcadamente materialistas pasó gradualmente a trabajar con una visión idealista del pasado, que lo llevó, obviamente, a cambiar las variables a analizar y la forma de hacerlo en función de sus nuevos intereses arqueológicos.

La arqueología de Serrano evidenció claros y repetidos desfasajes, presentándose en ciertos aspectos como un “preursor” y en otros como un “rezagado” respecto del quehacer arqueológico del momento. Si bien es cierto, por otra parte, que a lo largo de cincuenta años de producción, viendo desde una perspectiva ya no particular, sino globalizadora, “(...) no se aprecia una evolución acorde al desarrollo de la arqueología. Sus primeros trabajos, los realizados durante las décadas del 20-30-40, reflejan las aproximaciones vigentes en la arqueología en general, pero no así los trabajos posteriores que exhiben un claro desfasaje” (Rodríguez, 1987:25).

### Agradecimientos

A la Profesora Marta Tartusi y al Lic. Héctor Esparrica por la lectura de una versión preliminar de este trabajo. En especial a la Lic. Patricia Arenas por haber aportado valiosas sugerencias. Al Lic. Carlos Aschero por sus oportunas correcciones y su apoyo incondicional en mis andanzas litoraleñas. Al Lic. Carlos Ceruti por compartir su experiencia y conocimientos sobre la obra de Serrano. A María del Pilar Babot por sus certeros comentarios y a los referencistas de este artículo por sus pertinentes acotaciones. A Luis Guillermo Babot (h) por el escaneado y confección de las figuras. Las expresiones vertidas en este trabajo son de mi exclusiva responsabilidad.

Salomón Hocsman.  
Instituto de Arqueología y Museo.  
Facultad de Ciencias Naturales e  
Instituto Miguel Lillo, U.N.T.  
San Martín 1545 (4000) S. M. de  
Tucumán. Tucumán. Argentina.

**Nota**

Antonio Serrano (1899-1982) cumplió una importante tarea en el ámbito científico. Se presenta aquí una breve reseña de sus logros: fue Fundador y Director del Museo Popular de Paraná, que luego de distintas denominaciones hoy en día se llama Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Prof. A. Serrano" (1924-1940), y Director del Instituto Martiniano Leguizamón, ambos de la provincia de Entre Ríos; Director Organizador del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera" (1941-1957) de la Universidad Nacional de Córdoba, que pasó posteriormente a llamarse Instituto de Antropología (ocupó el cargo de Director entre 1967 y 1971); Director del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Rosario (1952); Director del Museo de Ciencias Naturales (1960) y de los Museos de Etnografía y Prehistoria (1964-1967) de la Universidad Nacional de Tucumán. Simultáneamente a estos cargos, se desempeñó como catedrático en las universidades nacionales de Tucumán, Córdoba y del Litoral. Además, fue contratado por la Universidad Nacional de Tucumán para realizar tareas de docentes en Salta (1959-1963). Su producción bibliográfica fue extensa, publicó más de 110 obras, entre artículos y libros, sobre arqueología, antropología, etnohistoria, lingüística, etc. de nuestro país -destacan el Noroeste, el Litoral, el Chaco oriental y Córdoba- y de Sudamérica -Brasil-. Asimismo, descolla el abundante material presentado en diversos órganos periodísticos provinciales y nacionales. Fue miembro de numerosas sociedades científicas nacionales y extranjeras, principalmente europeas. Finalmente, se le otorgó el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba y la Legión al Mérito Entrerriano entre sus distinciones más importantes (por mayor información sobre el tema ver: Serrano, 1940, 1971, 1977; Badano, 1947; Rodríguez, 1971).

**Bibliografía**

Alcina Franch, J.

1989 *Arqueología Antropológica*. Ediciones Akal, Madrid.

Badano, V.

1947 *Museo de Entre Ríos. Su origen y desarrollo (1917-1947)*. Memorias del Museo de Entre Ríos 27, Dirección. Paraná.

Borrero, L.

1993 Artefactos y evolución. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 3:15-32.

Boschin, M. y A. Llamazares

1984 La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la Arqueología Argentina. *Etnia* 32:101-149. Olavarría.

Caggiano, M.

1983 Caracterización y Antropodinamia Prehispánica en el N.E. Argentino a Propósito de los Primeros Fechados Radiocarbónicos para el Delta del Paraná. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. T XV:61-76. Buenos Aires.

1984 Prehistoria del N.E. Argentino. Sus Vinculaciones con la República Oriental del Uruguay y Sur de Brasil. *Pesquisas, Antropología*, Nº 38:5-109.

1990 Los ribereños plásticos del Delta del Paraná. *Revista do CEPA* 17 (20):415-435. Santa Cruz do Sul.

- Caggiano, M. y M. Sempe  
1994 *América. Prehistoria y Geopolítica*. Tipográfica Editora Argentina. Buenos Aires.
- Carozzi, M; M. Maya y G. Magrassi  
1980 *Conceptos de Antropología Social*. Centro Editor de América Latina - La Nueva Biblioteca, pp. 36-51.
- Ceruti, C.  
1985 *Entidades culturales presentes en la Cuenca del Paraná Medio (margen entrerriano)*. ms.
- 1986 Algo sobre crítica y autocrítica en arqueología. *Revista de Antropología*. Año 2, 1:19-24. Buenos Aires.
- 1993 Arqueología. *Nueva Enciclopedia de la Provincia de Santa Fe*, 4 (1):557-580. A.D. Renna (ed.). Ediciones Sudamérica. Santa Fe.
- Cooper, J.  
1925 Cultura Difussion and cultura areas in Southern South America. *Actas del XXI Congreso Internacional de Americanistas* (1924), Goteborg.
- 1944 Areal and Temporal Aspects of Aboriginal American Cultura. *Smithsonian Report for 1943*. Washington.
- Fernández, J.  
1979-1980 Historia de la Arqueología Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomo XXXIV-XXXV:14-48. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.
- González, A.R.  
1956 La Cultura Condorhuasi del Noroeste Argentino. *Runa*, Vol. VII, Parte Primera:37-84. Buenos Aires.
- 1985 Cincuenta años de arqueología del noroeste argentina (1930-1980): Apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3):505-517.
- 1991-92 A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología Argentina. *Runa* 20:91-144. Buenos Aires.
- Grosso, L.  
1979 Serrano, Antonio. *Enciclopedia de Entre Ríos* 6:250-251. Arozena Ediciones.
- Guber, R.  
1991 *El Salvaje Metropolitano*. Legasa.
- Harris, M.  
1968 *El Desarrollo de la Teoría Antropológica. Una Historia de las Teorías de la Cultura*. Siglo XXI Editores. Madrid.
- Herskovits, M.  
1948 *El Hombre y sus Obras*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Krapovickas, P.  
1961 Los Estudios de Arqueología en la Argentina. *RUBA* VI:759-768.
- Lanata, J. y Borrero, L.  
1994 Riesgo y Arqueología. *Arqueología de Cazadores-Recolectores. Límites, Casos y Aperturas*: 129-143. Arqueología Contemporánea 5 (Edición Especial). Estados Unidos.
- Lothrop, S.  
1932 Indians of the Paraná Delta, Argentina. *Annals of the New York Academy of Sciences*, Vol. XXXIII.
- Madrazo, G.  
1985 Determinantes y orientaciones de la Antropología Argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario*

Tilcara: 13-36.

Márquez Miranda, F.

1968 Panorama de los estudios arqueológicos en la República Argentina. *Runa X*, 1-2:53-67.

Martínez, M.

1996 La Escuela Normal de Paraná y el positivismo filosófico. *El Diario*, Paraná, Miércoles 4 de Septiembre, pag. 10.

Meggers, B.

1985 El significado de la difusión como factor de evolución. *Revista Chungará* 14:81-90. Universidad de Tarapacá. Arica, Chile.

Montoya, C.

1940 El siglo XIX y la Pedagogía Positivista. *Círculo* 2:52-57. Círculo de los Profesores Diplomados en Enseñanza Secundaria. Paraná.

Outes, F.

1918 Nuevo jalón septentrional en la dispersión de representaciones plásticas de la cuenca paranaense y su valor indicador. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 85. Buenos Aires.

Politis, G.

1995 The socio-politics of the development of archaeology in Hispanic South America. *Theory in Archaeology: A World Perspective*:197-228. Peter J. Ucko Ed. Routledge. London and New York.

Rodríguez, A.

1971 Bodas de Oro con la Arqueología (1921-1971) Profesor Antonio Serrano. *Revista* 2(2). Departamento de Antropología y Folklore. Comisión Municipal de Cultura. Concordia.

Rodríguez, J.

1987 *La Arqueología del Río Uruguay Medio en la visión de varios autores: revisión crítica*. ms.

1992 Arqueología del Sudeste de Sudamérica. *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas*:177-209. Betty J. Meggers (ed.). Taraxacum, Washington. Santiago de Chile.

1993 Evolución de la tecnología prehistórica en el sudeste de América del Sur. *Actas del Simposio Internacional "Arqueología Sudamericana: el Formativo"*. Ecuador.

1998 Esquemas de integración cultural y síntesis en la arqueología del Nordeste Argentino. *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina*: 121-153. FADA y Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Buenos Aires.

Serrano, A.

1921 *Contribución al conocimiento de la Arqueología de los alrededores de Paraná*. Est. Tip. El Diario. Paraná.

1922 Sobre un nuevo procedimiento en la técnica alfarera del Litoral. *Prometeo*. Año 1, 16. Paraná.

1923a Rarezas de algunos animales de Paraná. *El Tábano*. Paraná.

1923b Los ofidios argentinos. *El Tábano*. Paraná.

1924a *Contribución al conocimiento de la industria de la piedra entre los primitivos habitantes de la Mesopotamia. Suplemento de la Revista Argentina de Ciencias Naturales* 1(4). Paraná.

1924b Algo sobre la geología de nuestras barrancas. *El Tábano*. Paraná.

1924c Generalidades sobre el ñandú. *Revista argentina de Ciencias Naturales* 4. Paraná.

1929a Les boas del género Eunectes. *La Nature*. París.

1929b Los Peces (un capítulo de zoología argentina). *Suplemento de El Tábano*. Paraná.

1930 El área de dispersión de las llamadas alfarerías gruesas del territorio argentino. *Physis* 10:181-

187. Buenos Aires.
- 1931 *Arqueología del Litoral*. Memorias del Museo de Paraná 4, Arqueología. Paraná.
- 1932a *Exploraciones arqueológicas en el Río Uruguay Medio*. Museo de Paraná (Museo Escolar Central de la Provincia). Paraná.
- 1932b Noticias sobre un Paradero Indígena de la margen izquierda del Arroyo Las Conchas (Departamento Paraná, Entre Ríos) Contemporáneo de la Conquista. *Actas y Trabajos Científicos del XXVº Congreso Internacional de Americanistas*:165-172. La Plata.
- 1932c *Introducción al Estudio de la Arqueología*. Orientación 1. Paraná.
- 1933 *Las culturas protohistóricas del Este Argentino y Uruguay*. Memorias del Museo de Paraná 7, Arqueología. Paraná.
- 1940 *Antecedentes, cargos, publicaciones*. Paraná.
- 1943 *El Arte Decorativo de los Diaguitas*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera". U.N.C.. Córdoba.
- 1946 *Arqueología del Arroyo Las Mulas en el noroeste de Entre Ríos*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera". U.N.C.. Córdoba.
- 1947 *Los aborígenes argentinos*. Síntesis etnográfica. Editorial Nova. Buenos Aires.
- 1950 *Los primitivos habitantes de Entre Ríos*. Biblioteca Entrerriana "General Perón". Serie Historia 2. Ministerio de Educación de la Provincia de Entre Ríos. Paraná.
- 1952 *Normas para la descripción de la cerámica arqueológica*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera". U.N.C.. Córdoba.
- 1953 *Consideraciones sobre el Arte y la Cronología en la Región Diaguita*. Publicaciones del Instituto de Antropología 1, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional del Litoral. Rosario.
- 1954 *Contenido e interpretación de la Arqueología Argentina. El Área Litoral*. Universidad. Revista de la Universidad Nacional del Litoral 29. Santa Fe.
- 1958 *Manual de Cerámica Indígena*. Editorial Assandri. Córdoba.
- 1961a El Arte Plástico de los Ribereños Paranaenses. *Revista Nordeste* 2:73-86. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste. Resistencia.
- 1961b *Introducción al Arte Indígena del Noroeste Argentino*. Cuaderno 1. Facultad de Ciencias Naturales. Universidad Nacional de Tucumán.
- 1963 *Líneas Fundamentales de la Arqueología Salteña*. Edición del autor. Salta.
- 1967 Historia Cultural del Tucumán Prehispánico. *Ampurias* 29:1-90. Barcelona.
- 1971 *Curriculum Vitae*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. ms.
- 1972 *Líneas Fundamentales de la Arqueología del Litoral (Una Tentativa de Periodización)*. Instituto de Antropología, U.N.C. 32. Córdoba.
- 1977 *A manera de testamento*. Secretaría de Estado, Cultura y Educación. Dirección de Cultura. Fondo Bibliográfico "Prof. A. Serrano". Paraná.
- Shennan, S.
- 1989 Introduction: archaeological approaches to cultural identity. En: *Archaeological Approaches to Cultural Identity*:1-31. Stephen Shennan (Ed.). Unwin Hyman. London.
- Tarragó, M. y V. Núñez Regueiro
- 1972 Un diseño de investigación arqueológica para el Valle Calchaquí: fase exploratoria. *Estudios de*

- Arqueología 1. Museo Arqueológico de Cachi.  
Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro  
1993 *Los Centros Ceremoniales del N.O.A.*. Publicaciones 5. Serie: Ensayo y Crítica. Instituto de Arqueología, U.N.T. Tucumán.
- Trigger, B.  
1992 *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Editorial Crítica. Barcelona.
- Willey, G. y P. Phillips.  
1958 *Método y Teoría en la Arqueología Americana*. The University of Chicago Press. Chicago.
- Yacobaccio, H.  
1988 Introducción. *Arqueología Contemporánea Argentina. Actualidad y Perspectivas*:7-11. Ediciones Búsqueda. Buenos Aires.



Figura 1: Clasificación en áreas culturales del territorio sudamericano (Serrano 1950: 109).

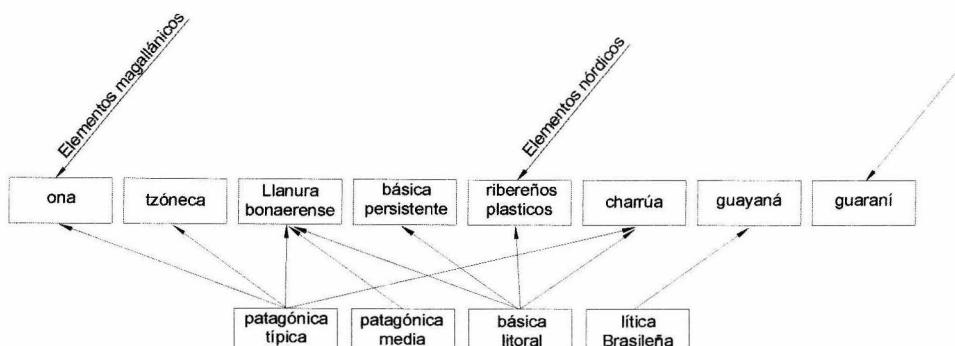


Figura 2: Esquema que muestra el origen de las formas culturales históricas según la tesis del autor (Serrano 1946:12)

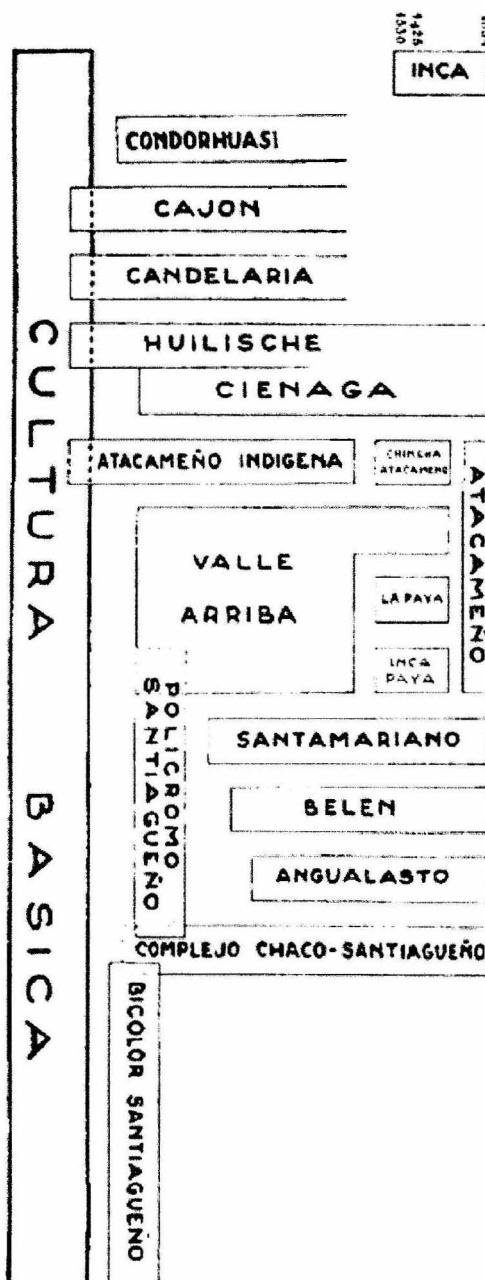


Figura 3: Cuadro cultural del "Área Diaguita". Se destaca el uso del concepto de "cultura básica" (Serrano 1953:7).

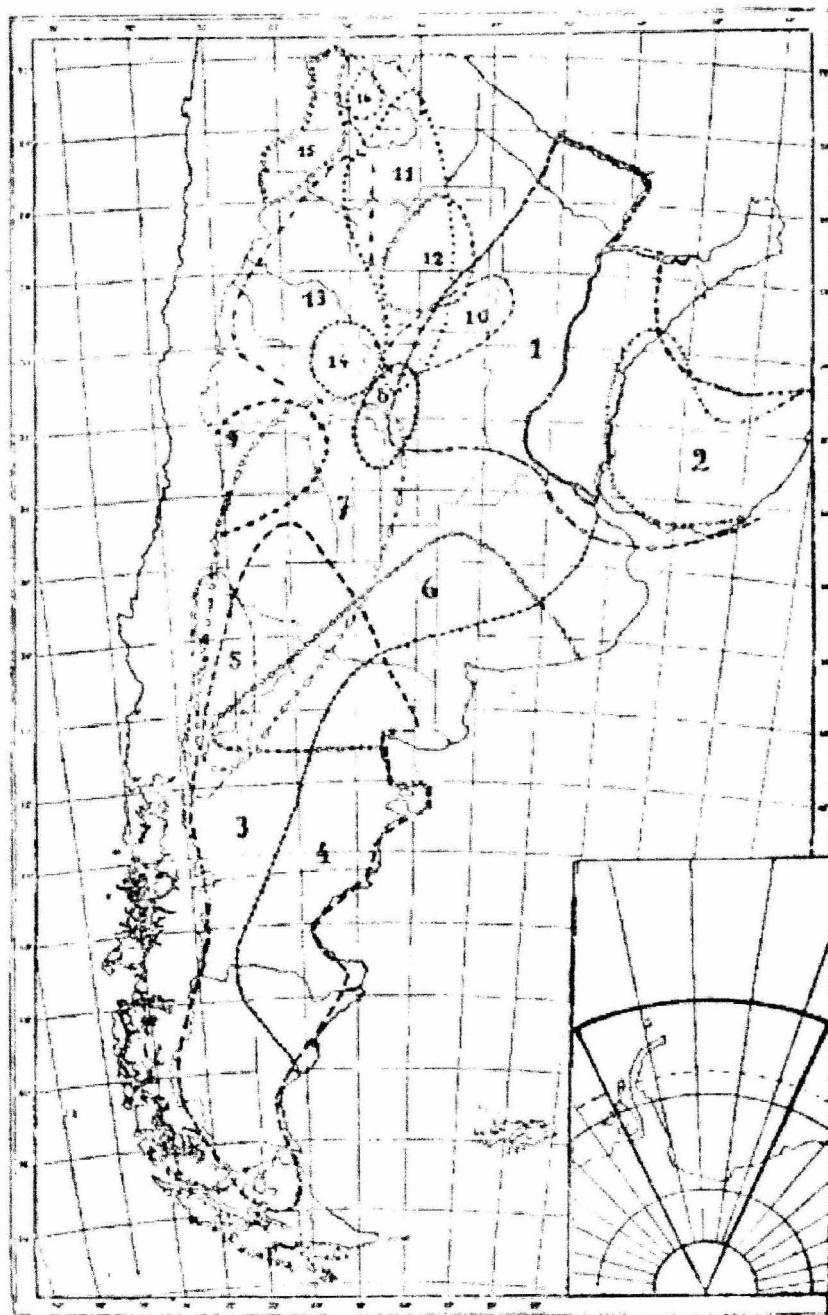


Figura 4: División del territorio argentino en áreas culturales (Serrano 1954:7).

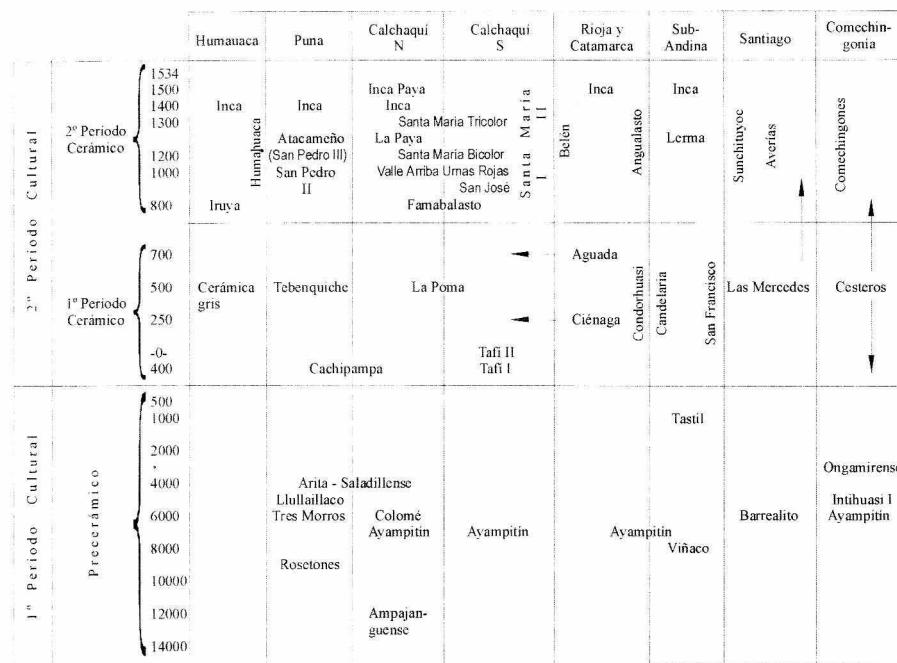


Figura 5: Cuadro cronológico cultural del Noroeste argentino (Serrano 1967: 3).



Figura 6: Esquema cultural del Litoral argentino (Serrano 1972:5).

**COMENTARIO 1**

Dr. Gustavo G. Politis  
CONICET, UNLP  
La Plata

**"La obra Arqueológica de Antonio Serrano en las regiones del Noroeste y litoral Argentino entre 1920 y 1970".**

por Salomón Hocsman

Este trabajo es una contribución original e interesante. El papel de Serrano ha sido poco analizado en la construcción de la arqueología argentina contemporánea, a pesar de que para algunas áreas como Litoral y NOA tuvo una influencia notable. Hocsman rescata esta influencia y analiza la producción de Serrano en términos teóricos. El hecho de que la adscripción teórica de este autor no haya sido explícita, no le resta ningún peso a su marco conceptual.

El artículo marca la influencia aún presente de Serrano, no sólo desde una perspectiva histórica sino también en cuanto a la supervivencia actual de los esquemas propuestos por este autor.

Hubiera sido interesante que se desarrollara un poco más esta supervivencia, con ejemplos, especialmente en el Litoral y que se incluyera una discusión más actualizada acerca del problema de la etnicidad.

En suma, el artículo de Hocsman es una contribución original y significa un aporte a la comprensión de la manera en que se construyó la arqueología argentina contemporánea.

**COMENTARIO 2:**

Dr. Jorge A. Rodriguez  
CONICET, UNER  
Entre Ríos

**"La obra Arqueológica de Antonio Serrano en las regiones del Noroeste y litoral Argentino entre 1920 y 1970".**  
por Salomón Hocsman

Considero destacable el intento del autor de este trabajo de llevar a cabo un análisis de la obra de Antonio Serrano, evaluando particularmente los aspectos teóricos y metodológicos que la inspiraron; dada la influencia que tuvo dicho autor en la Arqueología Argentina -a mediados de este siglo- particularmente en lo referente al área Nordeste, en la que sus planteos, esquemas de integración y síntesis tuvieron vigencia hasta hace poco tiempo atrás y aún hoy continúan ejerciendo alguna influencia.

Como era lo más habitual en esa época, los trabajos de Serrano generalmente no explicitan o analizan en detalle el marco de referencia teórico-metodológico que sustenta la investigación y los resultados alcanzados, por lo que es preciso inferirlos a partir de indagar en diversos indicadores indirectos. En consecuencia, estudios como el llevado a cabo por Hocsman que contribuyen a develar esos aspectos de la obra de un autor son de fundamental importancia y pueden tener diversas implicancias -como permitir ahondar en sus planteos, argumentos e interpretaciones y/o efectuar una mejor evaluación y verificación de los mismos al contar con una base o contexto de análisis mejor fundamentado-. Para el avance del conocimiento siempre es importante recurrir al análisis y evaluación profunda de los aportes anteriores.